

# EL RAMILLETE.

REVISTA QUINCENAL DE CIENCIAS, LITERATURA Y ARTES.

DIRECTOR CIENTÍFICO,

FRANCISCO CANTO Y NORES.

DIRECTOR LITERARIO,

FEDERICO RODRIGUEZ.

## SECCION CIENTÍFICA.

### ESTUDIO SOBRE LA SITUACION CIVIL

DE LA

### MUJER EN ESPAÑA.

(Continuacion.)



El positivismo de espíritu, que ya buscaba Salomón cuando preguntaba á Dios en donde encontraría la mujer fuerte, y ponderaba sus exelencias, no está quizás bastantemente realizado en estos tiempos, sino en la civilización anglosajona. Quizás en Inglaterra, y en los países iniciados por ella á la vida del espíritu, es donde se puede encontrar únicamente aquella confianza en la razón de la mujer, que la hace independiente desde su juventud, que la constituye verdaderamente libre, y responsable de sus actos, y que dá mérito á su virtud, porque pone la inocencia bajo la salvaguardia de la idea del deber, en vez de hacerla efecto del despotismo y de la violencia. Bien sea por la influencia inmensa que ejerce en esos países el sentimiento religioso, profundamente encarnado en todos los espíritus, bien sea por otras causas, lo cierto es que allí la familia es un modelo, que las virtudes domésticas preponderan

al lado de una extraordinaria libertad; que la mujer ha conquistado la energía de su pensamiento, su fuerza y su espontaneidad; y como era preciso y consiguiente, la sociedad ha recogido grandes frutos de ese progreso realizado dentro de su seno.

Cuando las luces y la inteligencia de la mujer son respetadas, cuando no hay nada por derecho que esté fuera del alcance de sus facultades, cuando sus virtudes se han dignificado por la independencia, cuando la educación no ha hecho, lo que suele verificar el ascetismo, inspirar á las mujeres una grande desconfianza del mundo, al mismo tiempo que hacerlas ménos capaces de considerarlo atentamente; cuando, en una palabra, se encuentra la mujer en las condiciones sociales mas cristianas, ¿cómo no se ha de sentir emanando de ella, la influencia mas provechosa, y mas eficaz, y duradera?

Pero dejando á un lado la Inglaterra, y los pueblos americanos de origen inglés y dirigiendo nuestro examen á las naciones meridionales, á que se ha convenido atribuir con mas ó ménos ligereza, por no decir malicia ó ignorancia, un origen latino, no parece que en justicia se pueda atribuir á un sentimiento de nacionalidad exagerado, ni de amor ciego á nuestras cosas, que consideremos francamente como la mas adelantada entre todas, la legislación que fija en España la situación civil de la mujer.



En los pueblos de origen español, si la muger no tiene la independencia y la fuerte educacion que en Inglaterra, porque todavía en nuestra civilizacion, como en nuestra lengua, y en nuestras costumbres, hay muchos elementos orientales introducidos por los árabes, y porque además de esto, las instituciones de la Edad media están todavía mas cerca de nosotros que de otros pueblos, con todo, la situacion civil del sexo, ha alcanzado á un grado de relativa perfeccion, que es muy notable. La situacion social en unos mas que en otros, de los países españoles, podrá ser todavía muy susceptible de mejora; pero en la ley y bajo el punto de vista civil, la muger en España se encuentra mucho mejor colocada que en los demás pueblos meridionales. Sucede en esto, como en otras muchas cosas, en la legislacion de España. La ley escrita es tan filosófica, tan profunda, tan adelantada. . . . , mas adelantada que ninguna! La práctica social es la que puede estar en discordancia, con los principios absolutos sancionados y reconocidos en la ley.

La muger en España, considerada como hija y durante su menor edad, se encuentra mas ó ménos en situacion idéntica á los hombres. A las consideraciones del sexo se sobrepone la consideracion de la edad: y lo que se niega ó se permite al hombre menor, está tambien negado ó permitido á la muger. Las diferencias son pequeñas, pero siempre fundadas en la naturaleza de las cosas. La ley ha seguido paso á paso á la naturaleza en este punto: ha visto que orgánicamente la pubertad era anterior en un sexo que en el otro; y ha establecido en consecuencia las diferencias legales que se desprenden de ese hecho: y así de lo demás.

Considerada la muger, como mayor, y no casada, tendremos desde luego que convenir en que no se puede esperar mucho de la

ley, para una situacion que no es normal. La muger mayor, aislada, sin casarse, no constituye, á la verdad, sino una excepcion, un hecho anómalo. Apénas si la ley podia tomarlo en consideracion. Sin embargo, es este caso el mas curioso, y el que podria servir de tipo para reconocer cuales son las diferencias legales, que el sexo, y únicamente el sexo, puede engendrar entre nosotros. En los demás casos, la cuestion está complicada por consideraciones relativas á la edad, al estado de matrimonio, á los derechos de los hijos; aquí no hay mas que el sexo, á que atender.

«Sicut moribus», decia el senado-consulto Velejano, «civilia officia adempta sunt fæminis». «Sicut moribus», atiéndase bien. La franqueza y la verdad romanas, no buscaban revestir con un manto de falsa púrpura lo que su política ó su interés establecia. Cuando tropezaba con algun hecho, que la naturaleza repugnaba, escribia francamente en sus códigos, que aquello era «contra natura». Cuando encontró que la muger estaba desheredada de toda participacion en la «ciudad», nunca dijo, que era la naturaleza la que les habia arrebatado (ademptum) esos officios, derechos y deberes: escribió con sencillez: «son las costumbres las que lo han hecho», partiendo de ahí, para deducir sus consecuencias.

De las mas importantes entre éstas, era sin duda el privilegio de no quedar compr o metidas las mugeres por las fianzas que contrajeran en favor de otras personas, «quia «multo magis adimendum est id officium, «in quo non sola opera, nudumque ministerium earum versaretur, sed etiam periculum rei familiaris».

La muger no puede ser fiadora por persona alguna entre nosotros ni aún por sus hijos, ni por sus padres. La fianza que prestare seria nula, á no ser que recayese en al-



gunos pocos casos excepcionales, expresamente marcados, en los que por razones de un orden distinto, adquiriría valor legal.— Una razon de previsora decencia parece que fué al principio en nuestra legislacion el origen de este privilegio. «Muger ninguna non «puede entrar fiador por otri», dice la ley 2, tít. 12, P. 5.<sup>a</sup>, «ca non seria cosa agui- «sada, que las mugeres andoviesen en pley- «to por fiaduras que fiziessen, aviendo alle- «gar á logares do se ayuntan muchos omes, «á usar cosas que fuesen contra castidad, ó «contra buenas costumbres, que las muge- «res deben guardar.»

Otra disposicion, la ley siguiente, expresa textualmente que «el derecho que han «las mujeres en razon de las fiaduras les fué «otorgado, por la simplicidad é por la fla- «queza que ellas han naturalmente».

Pero por el estudio mismo de las excepciones que en esta ley se especifican, se viene en conocimiento de que no se trata precisamente de una falta de facultad ó de capacidad que se atribuya á la muger para dar fianzas, sino de un verdadero privilegio que se le ha concedido, por obedecer á tradiciones históricas, copiadas de los Romanos, ó por exigirlo el poco adelanto de las costumbres. ¿Como creer que la verdadera razon del privilegio está en aquella *flaqueza y simplicidad*, si la misma ley que dice esto, faculta á la muger á «renunciar y desamparar «de su grado ese derecho que le está otorga- «do en tal concepto?» Ser flaco y débil para hacer alguna cosa, y no serlo para renunciar un privilegio que se funda cabalmente en aquella debilidad, es una cosa que jamás podrá admitir una filosofia medianamente pensadora. Al escribir la ley de fianzas respecto á la muger, el redactor de las Partidas, ó copió de las Pandectas, sin echar de ver los siglos que mediaban entre Justiniano y don

Alfonso, ó no detuvo su atencion en que estaba cometiendo notable inconsecuencia.

Volvemos á decir que el caso es raro, y sumamente excepcional. Es preciso que se suponga una muger, que sea mayor, que no esté bajo la patria potestad, que no sea casada. Y como quiera que segun nuestras leyes, no basta con la edad para que el hijo quede emancipado, resulta el campo del problema sumamente limitado y reducido. Pero dentro de él puede decirse, que con excepcion de este privilegio de las fianzas, la muger tiene la libre administracion de sus bienes, y puede obligarse, como principal, del mismo modo que cualquier hombre, teniendo absoluta libertad de contratar, y surtiendo los contratos respecto de ella todas las consecuencias de la ley.

Debe, sin embargo, entenderse todo esto con la limitacion de que no cabe contra la muger apremio personal, como no provenga de delito. La ley 62 de Toro no permite que la muger sea presa por deudas. Y el comun sentir de los tratadistas está conforme en que este privilegio no se puede renunciar.

Hay algunos casos en que la ley habiendo establecido ciertas cosas, *por sotileza del derecho*, ha creído, sin embargo, ó mejor dicho, por lo mismo, exceptuar á algunas personas del principio general de que no excusa la ignorancia del derecho. Los soldados, los menores, los labradores simples están en este caso, y asimismo la muger. (L. 31 título 14, P. 5.<sup>a</sup>)

JOSÉ IGNACIO RODRIGUEZ.

(Continuará.)



## EL JABORANDI.

La ciencia médica ha dado un paso más en la vía del progreso, con la adquisición de este precioso vegetal que tan buenos servicios está llamado á prestar en el tratamiento de ciertas afecciones. La Terapéutica ha enriquecido su arsenal con la introducción de un agente, que, dotado de propiedades verdaderamente sudoríficas, hará que se releguen al olvido tantas plantas, que reputadas como tal, deben, sin embargo, su acción á la elevada temperatura en que se toman.

No es nuestro propósito hacer un estudio concienzudo sobre los caracteres y propiedades de esta planta, porque nuestros alcances científicos no nos lo permiten: solo nos anima, al hacer este trabajo, la idea de que podrá ser de alguna utilidad para nuestros compañeros, el conocimiento de esta *rutácea* no comprendida aún entre los grupos inscritos en los libros que nos sirven de texto.

Segun el Dr. Gübler, conócense vulgarmente en el Brasil, con los nombres de *Jaborandi*, *Iaborandi* ó *Jamborandi*, las plantas que poseen propiedades estimulantes, sudoríficas y sialagogas. Ahora bien, hace algun tiempo han sido llevadas á Francia algunas con el primer nombre; pero que no tienen con la que nos ocupa, ningun punto de semejanza, pues no son mas que ciertas pimientas dotadas de propiedades sialagogas, del mismo orden que la raiz de *pelitre*, por ejemplo, que, aunque estimulantes, no ejercen ninguna acción comparable á la del *Jaborandi* propiamente dicho.

Este, importado por el Dr. Coutinho (de Pernambuco), pertenece, segun Mr. Bai-

llon, á la familia de las *Rutáceas*: sus hojas son ovales, de ocho á doce centímetros de largo, y de dos á cuatro de ancho: se asemejan á las del laurel (*Laurus mobilis*), pero no tanto que puedan confundirse como se ha supuesto. Crece lejos del litoral, en las montañas de algunas provincias del interior del Brasil, y los indios de aquel país le usan *empíricamente* contra las mordeduras de las serpientes y contra las fiebres pestilenciales. Su olor es difícil de definir: pulverizándolas, se asemeja un poco al del heno: masticándolas dan un sabor ligeramente amargo, y haciendo destilar agua sobre ellas se obtiene un líquido incoloro suavemente picante.

La infusión acuosa del *Jaborandi*, toma un color rojo oscuro con el sabor y olor de sus hojas. Evaporada al baño de maria, dá un residuo negruzco y amargo, que el alcohol absoluto separa en dos partes: una insípida, insoluble en este líquido: la otra amarga y soluble.

El análisis químico practicado en esta planta para ver si contenia algun alcaloide, no ha indicado la presencia de ningun principio básico y solo se han encontrado en ella tres cosas principales, á saber: un principio volátil: una sustancia insípida soluble en el agua, insoluble en el alcohol y otra amarga soluble en ambos líquidos.

Su acción fisiológica es muy marcada y la daremos á conocer, refiriéndonos á los ensayos practicados por los ilustres doctores Rabuteau (1) y Robin (2), de París, los cuales están descritos con toda la claridad y precisión necesarias.

Dice el primero: «á los diez ó quince minutos de la inyección de una tasa de infusión fria, preparada con tres ó cinco gra-

(1) *Thérapeutique y Pharmacologie* = p Rabuteau, pág. 861.—1875.

(2) *Journal de Thérapeutique*, publié par le Dr. Gübler, n.º 23: Diciembre 1874.



mos de hojas de *Jaborandi* reducidas á polvo grosero, empieza á notarse humedad en la frente y en el pecho: la salivacion comienza, apareciendo luego el sudor que se hace cada vez mas abundante.» Estos fenómenos los observó el referido profesor en su persona, pues á continuacion añade que después de haber tomado una infusion algo fria que él mismo preparó con tres gramos de hojas reducidas á polvo, por doscientos de agua, provocóse unos sudores copiosos que duraron hora y media y una salivacion que le duró cerca de dos horas.

ARTURO LEDON.

(Continuará.)

## SECCION LITERARIA.

### A ORILLAS DEL TORMES.

Hay épocas funestas en la vida de los pueblos, en las que el error, el fanatismo, la mentira, oprimiendo, estrujando, trituyendo la razon humana, esa única y misteriosa lámpara que guía á la humanidad por los tortuosos senderos de la vida, en que la razon humana, decimos, llega á desconfiar de sí misma.

Y cuando esta desconfianza, y cuando esta espantosa duda desciende al profundo de nuestra conciencia; qué horrible, qué hediondo, qué aterrador se nos ofrece el porvenir!

Ese porvenir, ese mas allá, en cuyos mágicos horizontes nuestra mente poderosa ha entrevisto un cielo.

Marchita, si nó muerta, nuestra esperanza, luchando dia y noche con el espectro de la negacion absoluta; porque aquel que no puede ser ciegamente creyente, se torna ateo

desde el momento en que le persuaden que su sola razon no puede descubrir mas que errores, la agonía moral de nuestra alma, se torna pronto en enfermedad fisica, que principia atacando nuestra inteligencia y concluye por amenazar nuestra vida.

¡Se piensa entónces con tanta insistencia en el suicidio!

Porque el suicidio cuando no es un acto de desesperacion, lleva siempre por norte romper el círculo fatal que nos oprime; buscar la verdad que anhelamos; concluir con la duda que nos mata.

Era Abril del año 1866.

Los años 1865 y 1866, representan en mi vida un puente entre dos abismos: una trégua entre dos agonías: un arenal desierto entre dos tumbas.

Si deseo recordar esa época de mi vida, no puedo.

Hay en ella lágrimas, muerte, locura y duda horrible.

Pero de aquel dolor, de sus insondables profundidades, supo extraer mi alma, mi razon, que jamás ha abdicado su poderío, la verdad inconcusa, la firme creencia, la conviccion incontrastable, que ha devuelto á mi corazon la tranquilidad, si nó la alegría; la conformidad, si nó la dicha; la esperanza, si nó la posesion.

Era una noche irradiosa, esplendente, tibia y perfumada; verdadera noche de primavera.

Anhelosa de contemplar á mi sabor aquel cielo diáfano; aquella luna riente, me salí de mi casa, dirigiéndome, sola, á la argentada orilla del risueño Tormes; del poético rio á cuya susurrante corriente modularon sus cantos Teresa de Jesús, Luis de Leon, Melendez Valdes; del rio encantado que tantos ensueños, tantas ilusiones, tantas meditaciones, tantos cantos, ha inspirado á á mi mente.



Crucé el puente y tomando á la izquierda por un risueño sendero plantado de acacias, cuyas temblantes hojas se miraban en la cristalina corriente, me senté frente á la ciudad sabia, que dormia el doble sueño de la noche y del olvido.

Mi pensamiento volaba rápido de mi cerebro, y mi corazon latia, ora oprimido, ora acelerado segun el influjo de las encontradas ideas que se chocaban en mi mente.

¿Puede haber quien dude de la inmortalidad, de la espiritualidad de nuestro sér, al sentirse arrebatado de un éxtasis semejante al que á mí me poseia?

Vencida y sujeta la materia, el espíritu puro y radiante se señorea del universo, y nos remonta á lo infinito.

Nuestra mente poderosa nos hace ver en un instante toda nuestra existencia, y la existencia de toda la humanidad, de la que cada hombre es un breve exámen.

Abarcando lo pasado y lo presente, osamos lanzarnos á lo porvenir y los átomos de la verdad absoluta que poseemos, solo en esos momentos de éxtasis y meditacion, han sido revelados á la razon humana.

Allá, lejos de mí, estaba el cementerio de Salamanca, y en él una tumba que yo jamás he visitado.

¿Para qué?

Los muertos no están nunca para mí en el sepulcro, y aquel cuyos restos, tal vez, se hallarán convertidos en un espantoso esqueleto, aquel se hallaba á mi lado semejante á un espíritu de luz, y mi mente fascinada veia su dulce sonrisa en la suave ondulacion de las aguas; sus ojos fulgurantes en la irradiacion de las estrellas; su pálido semblante, sus leonados rizos en los dorados cambiantes de la luna. Su voz lenta, tierna, arrulladora resonaba en el fondo de mi corazon, resonaba en mi oido confundido con el dulce murmullo del rio....

¡Ay! ¡qué amargo y qué dulce es sufrir viviendo, y morir amando!

¡Amando un ayer, que nuestro delirio covierte en hoy!

¡Amando un recuerdo que nuestra pasion torna en esperanza!

¡Amando un muerto que vive siempre en nuestro corazon y en nuestro pensamiento!....

Abismada en mi dolor, incliné la cabeza sobre las rodillas ocultando entre las manos mi semblante.

No sé cuanto tiempo pasaria en esta postura, cuando un ligero rumor que sentí á mi lado, me sacó bruscamente de mi abstraccion.

Levanté la cabeza, y á dos pasos de mí, ví una sombra, en ademan de arrojarle al rio.

Yo dí un ligero grito, y corriendo apresurada, cojí al suicida por sus ropas talaras, impidiendo su accion.

Asustado él á su vez de mi aparicion repentina, tornó á mí su rostro descompuesto, mirándome silencioso.

Era un jóven seminarista de bello semblante y gallarda apostura, vestido con el manto azul y la toca roja, traje peculiar de los escolares del colegio Conciliar de Salamanca.

—¿Por qué ha impedido V. que me tire al rio? me preguntó con acento irritado, y mirándome con mas admiracion que encono.

—¿Por qué se quiere V. tirar? le pregunté yo á mi vez, que aún no habia soltado sus ropas y pugnaba por separarle de la orilla.

—Porque soy muy desgraciado y no quiero vivir.

—¿Desgraciado un niño casi!

—Sí, sí, señora, porque soy un niño, porque no tengo mas que diez y ocho años, soy doblemente desgraciado. Si fuera hombre ya,



tendría el derecho de luchar con mi desdicha.

Yo miraba con curiosidad é interés al pobre adolescente, y su acento cadencioso, sus ojos melancólicos, la fuerza de pasión que revelaba su semblante y el traje que vestía, me estaban descubriendo todo un prisma de dolor y haciéndome ver la víctima del triple despotismo paternal, clerical y social.

¿Son tantos los pobres niños, cuyas inclinaciones se han contrariado, cuyos corazones se han despedazado, cuyas pasiones se han extraviado, al imponerles un estado que se halla en contraposición con las aspiraciones de su alma!

—¿Por qué quiere V. morir? pregunté al joven seminarista esforzándome en atraer hacia mí sus miradas, que permanecían sombríamente fijas en la rápida corriente.

—Yo no deseo morir, quiero únicamente salir de este mundo.

—¿Es V. muy desgraciado?

—Sí; pero no es esa la causa de mi desesperación. El dolor se sufre, si se puede; lo que no se sufre, es la injusticia, es el castigo inmérito....

—Cuénteme V. la causa de su pena, Dios es muy grande y muy bueno; ¿quién sabe, si aún hallaremos para V. alguna esperanza?

—También yo he creído en la bondad, en la grandeza, en el poder de Dios, pero hoy... hoy no creo. En nombre de Dios, cometen los hombres los más horribles desafueros, las injusticias más abominables ¿por qué lo permite si es tan grande y bondadoso?

Y agitado por sus amargos pensamientos, dió bruscamente algunos pasos, separándose de la orilla del Tórmes.

Yo le seguí hasta un asiento de piedra, en el cual me senté en silencio, y él, maquinalmente á mi lado.

Los dos callábamos, y yo no me atrevía á romper el silencio, desconfiando de mis propias fuerzas, para devolver á aquella alma atribulada la calma, la conformidad y la fé.

El seminarista con la cabeza inclinada sobre el pecho y la frente sombría, permanecía á mi lado pugnando por ocultarme su agitación, su dolor, la manifestación de la pena que le devoraba.

Yo veía temblar sus lágrimas bajo sus inclinados párpados; yo oía subir sus sollozos del corazón á la garganta, y allí morir ahogados por la poderosa contracción de su boca.

—¿Duda V. de la bondad de Dios? le pregunté con acento insinuante.

Levantó bruscamente la cabeza, y la blanca luna cayó de lleno sobre su pálido y agraciado rostro. Sus ojos negros y llenos de pasión, rodeados de una aureola violada, revelaban la lucha de aquella alma juvenil, cuyos ensueños, cuyas aspiraciones de amor, eran contrariados por fríos y severos preceptos.

—Sí, creo en Dios y en su bondad divina, porque mi razón, no comprende la creación sin el Creador; mas en las leyes, en los sacrificios que nos imponen en su nombre, los que se dicen sus ministros, no puedo creer.... no quiero creer. Y porque hoy me he atrevido á confesar mis ideas á mis superiores, á decirles francamente que á mi corazón repugnaba el sacerdocio, á que me destina mi padre, que mi alma no podía conformarse con la desconsoladora idea de renunciar á la comunicación con otra alma, por medio del más bello sentimiento de nuestro ser, por esto, que ellos llaman blasfemias, sacrilegios, impurezas, me han declarado culpable, me han amenazado con enviarme prisionero á su casa de Loyola: porque mi padre les tiene dadas amplias



facultades sobre mí; me han dicho que descubrirán mis secretos y que la vergüenza caerá sobre mí, y sobre la mujer que me ha separado de mi primera vocación.

—¿V. ha pensado alguna vez en ser sacerdote?

—Sí, señora, y me hallo ya en mi segundo año de Teología, y hubiera seguido buenamente mi carrera, si una muger, una niña, cuya casa me era permitido visitar dos veces durante el curso escolar, no me hubiera inspirado un amor sin límites.

—¿Ella, le ama á V., también?

—Sí, ella me ama también. Y me ama tanto, que ni aún ha pensado en que mi carrera me separaba de su amor. Los que viven en el mundo siempre en contacto con las mugeres y con el corazón abierto á toda clase de impresiones, pueden renunciar á un amor, ó sustituirlo por otro; pero los que vivimos reconcentrados en nosotros mismos sin que el deseo haya conmovido nuestros corazones, sin que el amor haya sonreído á nuestra mente, sin que la mirada de una muger haya hecho latir nuestro pecho, el día, el momento, en que el amor brota en nuestras almas, es cual irresistible y poderoso torrente que arrebató y arrostra cuanto se opone á su paso y contra el cual nada puede nuestra voluntad.

Yo oía con admiración y tristeza las elocuentes frases del seminarista, y me angustiaba á la idea de que hubieran de ahogarse bajo una negra sotana las nobles, las ardientes aspiraciones de aquel corazón de fuego.

—¿Y amando tanto á esa niña, quería V. matarse olvidando su inmenso dolor?

—Ella se hubiera muerto también, me contestó con íntimo convencimiento. Si aquí no hemos de poder ser felices, lo seremos en otro mundo mejor.

—¡Pobres niños! murmuré yo, conmovida por aquella fé cándida en aquel puro y primer amor.

Y después de un instante le pregunté:

¿Teme V. que sus superiores descubran algún secreto de amor, que pueda lastimar el buen nombre de su amada?

Calló él por el pronto y después me dijo con tierna ingenuidad:

—La madre de Consuelo es muy rígida y atormentará cruelmente á su hija, si sabe que me quiere y me ha permitido quererla: que tiene mi retrato y mis cartas: que me ha dado el suyo, y me ha escrito solo tres veces.

La ingenuidad, el dolor, el temor del adolescente, su sencillo relato, aquellos amores ideales conmovían é impresionaban mi corazón, pareciéndome imposible que existieran seres capaces de contrariar las inclinaciones de aquellas dos almas tan niñas y puras, que con una mirada se habían comprendido y confundido una en otra para no separarse jamás.

Yo veía como en un triste y lejano panorama, al joven seminarista convertido en rígido sacerdote, agriado su carácter por la contrariedad y el sufrimiento, que mirando con encono las sencillas alegrías de los hombres, de las cuales su estado le impedía gozar, trinaba desde el púlpito en nombre de un Dios, que al darnos la aptitud de la dicha, dió el derecho de poseerla, contra los legítimos placeres de la vida, persuadiendo á sus oyentes de que el camino de la virtud, es el sacrificio de todas las nobles y santas aspiraciones de nuestras almas, la voluntaria renuncia de nuestros más caros afectos, la abdicación espontánea de nuestros más sagrados y legítimos derechos.

Y de otro lado, veía á la niña, objeto de su amor, obligada á unirse en indisoluble lazo á un ser aborrecido, y á profanar los tesoros de amor de aquel corazón que ya tenía dueño, entre los brazos de un hombre, legítimamente autorizado para requerir sus



caricias. Y despues toda una vida de luchas, de lucha sin trégua, de lucha horrible, en la que el corazon combatido por distintas y encontradas pasiones, concluye por caer en el mas profundo y amargo desaliento, en la mas espantosa duda, en la indiferencia mas absoluta, de un *bien* del que le han obligado á renegar, de un *mal* que la voluntad de algunos le han impuesto como fatal, como ineludible.

¿No vemos todos los dias, mugeres sacrificadas, ora á las conveniencias sociales, ora á la voluntad de sus mayores, ora al perjuicio de un hombre, que adoran á sus hijos y detestan á sus maridos? ¿Y dónde tormento que iguale al de estas pobres almas, combatidas por los dos sentimientos mas poderosos del corazon humano, y sin poder neutralizar el uno con el otro?

¿No vemos todos los dias, jóvenes sacerdotes que entregados á la maceracion, á la vigilia, al ayuno, concluyen por volverse locos, ó morir en lo mejor de su edad?

¿Y tal vez este seria el destino del pobre niño que tenia ante mis ojos? ¿Y yo no habria evitado su suicidio mas que para arrojarlo y arrojar á su amada á aquel triste porvenir?

Arrebatada por estos pensamientos me volví al adolescente y le dije:

—¿Qué piensa V. hacer?

—No sé: me contestó, con desaliento.

—Si la casualidad, ó mejor dicho la Providencia, no me hubiera traído á estos sitios, ya hubiera V. perecido.

—Es verdad. Y como dejé una carta escrita en mi cuarto dando parte á mis superiores de mi resolucion y otra en el correo para mi padre, necesito morir, y librarme de la vergüenza de que me crean cobarde.

—Pues bien morirá V. Es decir, pasará porque ha muerto, y con esto su padre llevará el castigo de su ceguedad, y los supe-

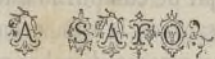
riores el de su intolerancia. Únicamente Consuelo debe saber que V. vive, y que vive para amarla. Escuche V. mi plan: Desnúdese V. sus hábitos y los arrojarémos al rio; mañana de madrugada marchará V. á Madrid; yo le recomendaré á un amigo y allí podrá seguir la carrera de Leyes, ó de Medicina y emanciparse por completo del despotismo clerical y del poder paternal, puesto que ámbos conspiran contra sus justas aspiraciones.

Miróme el adolescente con los ojos brillantes de esperanza y me dijo entusiasmado:

—¡Y yo, que no habia pensado en eso! Dice V. bien; escribiré á Consuelo, V. le entregará la carta y con su recomendacion, marcharé á Madrid y me haré hombre.

Todo salió á medida de nuestro deseo, pudiendo decir á nuestras lectoras, que el pobre seminarista arrastrado al suicidio, por librarse de un estado que repugnaban sus sentimientos, es hoy un célebre abogado con brillante clientela, casado con su amada Consuelo y padre de dos preciosos niños. Su padre, que le lloró mucho, bendice hoy aquella enérgica resolucion, que arrancó á su hijo de un porvenir desdichado, ó una muerte criminal.

MATILDE CHERNER.



Sobre la cumbre de elevada roca,  
vuelos al cielo los amantes ojos,  
escuchando del mar la furia loca  
que demandar parece sus despojos;  
destempladas las cuerdas de su lira,  
el triste corazon hecho pedazos,  
y rotos por el dolo y la mentira  
de la amistad los lazos;  
mirando deshojadas en su falda



las poéticas flores  
de la primera virginal guirnalda  
de sus castos amores:  
devorada por sed abrasadora  
de ya muertos placeres,  
y recordando al hombre á quien adora  
en los brazos quizás de otras mugeres:  
frenética, celosa, jadeante,  
viendo en su pecho amante  
secas hasta las fuentes del consuelo  
que en su amoroso anhelo  
tanto han llorado tanto  
que ya de sus pupilas huye el llanto;  
sube á la cumbre de elevada roca  
desesperada, loca;  
gemidos de dolor lanza su boca,  
al cielo retan sus ardientes ojos  
y al Leúcales ofrece sus despojos.

SOFÍA TARTILÁN.

### LO QUE NO SE CUMPLE.

Soneto.

Guiado por un noble sentimiento  
jura el hombre morir por una idea  
y se lanza á los campos de pelea  
cumpliendo su sagrado juramento.  
Firme en su voluntad y pensamiento  
el vil ladrón, por criminal que sea,  
si jura bien ó mal, solo desea  
cumplir lo que juró ¡raro portento!  
Que siempre el juramento fué sagrado  
y ha de perder el hombre ántes la vida  
que dejar de cumplir lo que ha jurado!  
¿Si es sagrada la cosa prometida,  
por qué razón el hombre mas honrado  
los juramentos del amor olvida?

ANTONIA SENABRE Y GILA.

(1875.)

### EN UN ÁLBUM.

Tú me has visto, Beatriz, á menudo,  
en las fiestas, mirando en redor,

buscar, débil y pálido y mudo,  
un alivio á mi extraño dolor.  
Pero nada en las fiestas veía  
que pudiese mis ansias calmar,  
y si acaso reía, reía  
con la pena que cuesta llorar.  
¡Oh contraste! entre tanto que arrostro  
mi destino, te he visto también  
siempre lleno de risas tu rostro,  
siempre libre de sombras tu sien.  
Y es, Beatriz, que aún no llega el Pasado  
á turbar tu felíz Porvenir;  
si una vez has llorado, has llorado  
con el gozo que causa reír.  
Varia suerte debemos al Cielo;  
nuestro *sino* cumplamos, Beatriz:  
ría yo, cuando ría, de duelo;  
llora tú de placer: sé feliz!

DIEGO TEJERA.

(1875.)

### DOLORA.

¡El cielo, sin una estrella  
que su luz vierta en mi alma!  
Todo gira en mi redor  
como siniestros fantasmas!  
Y es, que ha muerto para siempre  
mi mas risueña esperanza!  
La esperanza mas querida,  
la que tanto acariciaba,  
la ardorosa hija de un beso  
de la muger que yo amaba.  
Ángel de enlutadas plumas:  
bate en mi frente tus alas,  
agita del corazón  
la fibra mas delicada.  
¡Tengo en el alma un vacío  
y he de llenarlo con lágrimas!

PEDRO F. ALBARRAN.

(1875.)



## MI VECINA.

(A G. P.)

Supongo, lector amable, que no conoces á D.<sup>a</sup> Restituta, y me alegro, porque mucho ganas en ello. Sin embargo bueno es que mi pobre péñola te dé algunas noticias sobre tan interesante tipo no sea que algún día tropieces con ella, como dejado de la mano de Dios, y ni tiempo tengas para abrirla en columna tocando á retirada.

D.<sup>a</sup> Restituta es, pues una *señora*, como otra cualquiera, y no por eso deja de ser una calamidad de mayor cuantía para su barrio, para la calle y para la casa que habita. Yo soy uno de los que tienen la malhadada fortuna de vivir en la propia calle que D.<sup>a</sup> Restituta, y con tal motivo no dejo de aconsejar á mis vecinos que dejen á un lado la lectura de periódicos noticieros, porque bien puede prescindirse de semejante tarea y hasta ahorrarse el importe de la suscripción teniéndose, como se tiene, un boletín parlante y *gratis* en D.<sup>a</sup> Restituta. Ella se levanta con el alba y, á semejanza de un guarda-canton, se coloca en la acera á ejercer su industria, cuyo nombre no hace al caso, y sabe, porque vé, repara y cuenta hasta los más insignificantes átomos de polvo que cubren tu bota. Si por casualidad á ella te diriges, y con ella entablas conversacion, empezará por desenterrarte á su marido que murió en «olor de santidad», muy diferente de *fulano*, el cónyuge de la niña del entresuelo que no gana más que una miseria y quiere comer perdices, por lo cual *ella* y *él*, tuvieron unas palabras, se fueron á las manos, y escandalizaron y hubo tal «zipizape», que á no ser por D.<sup>a</sup> Restituta, la cosa hubiera parado en mal. «No creas V., me decía, un momento más sin intevenir yo en el asunto y ya hubiéramos

tenido la de «Dios es Cristo» y detrás la camilla de la casa de socorro del distrito cuarto.»

¡Oh lector! D.<sup>a</sup> Restituta es mucha mujer, ella sabe si en el primer piso del número dos, ó en el segundo del número cuatro, ó en la bohardilla del ocho, se come esto, ó lo otro, ó lo de más allá. No ignora D.<sup>a</sup> Restituta la vida y milagros de las muchachas del barrio: esta lleva relaciones con un asistente, aquella con un cabo, la otra con el aguador, y frecuentemente ha visto en «trapicheos» á Celia, cuya honradez es proverbial, con «entes» que nadie conoce, pero que ella te pinta de una manera admirable.

Sobre la guerra; háblale, háblale, lector, de la guerra y verás describir batallas horrosas, derrotas inconcebibles y retiradas, que ni la de «los diez mil.» Y todo fresco, acabado de pasar, por más que los hilos del telégrafo nada haya transmitido, por falta de tiempo, ni los periódicos, por consiguiente, nada hayan podido presentar en sus columnas. Sobre política, D.<sup>a</sup> Restituta lo es como hay pocos; habla con entusiasmo de todos los grandes políticos del mundo, y así sucesivamente de todas las materias conocidas y por conocer, porque, no te quede duda, D.<sup>a</sup> Restituta es un *estuche* de los mejor despachados, y en esa *honrosa* tarea, sin cuidarse de su industria, la encontrarás en su puesto hasta la caída de la tarde, y hasta las once ó más de la noche en el balcón de su casa. Sin duda á esa hora ya D.<sup>a</sup> Restituta no puede tener á cuentas al sueño y vá á encomendarle ese trabajo al lecho, no sin haber antes rezado una serie de Padre-nuestros y Ave-Marias.

Y no te estrañe, lector, esta última circunstancia, porque por lo regular, las personas del carácter de D.<sup>a</sup> Restituta, creen de buena fé, que la murmuracion es muy



natural cuando pasa entre *amigas de confianza*, (son sus palabras), y que esto por mas que la honra de tres ó cuatro prójimos se dé al traste, no les impide ser muy «santularias», creer en Dios, á quien á menudo invocan como testigo de sus faltas, y á «su mayor gloria», emplear algunos reales semanalmente, en la compra de ROMANCES, que el industrialismo pone en sus manos con el título de «profesías», y ellas propagan, léen, comentan é interpretan á su modo.

No recuerdo ahora precisamente el nombre del santo á quien D.<sup>a</sup> Restituta se encomienda; pero es el caso, que el cometa que hace poco se observó, y, como consecuencia del mismo, la guerra civil; el calor que hubo, el frio que hace, la falta de aguas, la abundancia de nieves, todos, todos los males que han afligido, afligen, y afligirán á la humanidad, estaban predichos por aquel santo varon, que murió hace la friolera de siete siglos y medio.

Otras de las *buenas y bellísimas* cualidades de D.<sup>a</sup> Restituta, es no separarse nunca del librito de las CUARENTA HOJAS; es su devocionario, su confidente, su amigo íntimo. Pero ni siquiera supongas, lector benigno, que mi *heroína* juega al monte, ni á cosa que lo parezca. Ella va á lo seguro, á sacar los cuartos á los que miran su porvenir escrito en una sota ó en un caballo, pues con toda la gracia y sandunga de una gitana *echa las cartas*, y con ello te adivina, si te alegrarás, si llorarás, si pasearás, si viajarás, si volverás, si te quedarás, si tendrás dinero, si te sacarás la rifa, si estarás dichoso, si saldrás bien ó mal en tal ó cual negocio, si tu novia te será fiel en la ausencia, si tu familia se acordará de tí y hasta e dará consejos, en vista de sus vaticinios para que te preserves por la noche, no sea que una mano alevosa quiera atraparte en «callejon sin salida,» para lo cual te bastará,

segun ella, que lleves contigo un ejemplar de la oracion del *Justo Juez*, ú otra por el estilo que por un módico precio te proporcionará.

Dos palabras mas: Hace pocos momentos me acerqué á mi heroína que con «La Correspondencia» en una mano y accionando con la otra, referia á media docena de sus amigas, que las noticias que leia sobre la guerra y sus desastres no eran mas que una «bicoca» en comparacion de lo que todavía tendria que verse.

¿Aun quiere usar mas desgracias, doña Restituta? le pregunté.—Yo, señor, no, me contestó; pero tienen que aceder por que así está escrito en la profecía que dice: «que despues que las discordias civiles hayan regado de sangre nuestras calles y se formen murallas de cadáveres, entónces vendrá...

¡La Mar!... le interrumpí, con una sonrisa, despidiéndome á toda prisa, porque efectivamente la tenia para conignar este dato mas y recomendar este artículo á tu indulgencia, amable lector. Si d te basta para conocer á D.<sup>a</sup> Restituta, guardame el secreto y... hasta otro dia.

J. DE LOS A. R.

(1875.)

A R.....

—24—

Eres más pura y hermosa  
que la flor de la majagua,  
donde vegeta dichosa  
la delicada tatagua.

Y son tus divinos ojos,  
niña de la indiana grey,  
brillantes cual los corojos  
de mi rústico caney.

Lucen tus largos cabellos,  
cuyá abundancia te abruma,  
cual del sol á los destellos  
las hojas de la yagruma.



Tiene tu talle, flexible  
cual la rama del magüey,  
ese encanto indescriptible  
de la raza siboney.

Brotan de tus labios rojos,  
que húmedo vapor empaña,  
palabras cual los despojos  
gratisimos de la caña.

Tierna tórtola sin hiel,  
pura flor de la azucena,  
eres dulce cual la miel  
sabrosa de la colmena.

Eres, en fin, más graciosa  
que la cubana palmera,  
y mas bella que la *rosa*  
que en nuestros campos naciera.

Mas no por ser tan hermosa  
te quiero con frenesí,  
como á la fragante rosa  
el zumbante colibrí.

Que guarda, niña, tu alma  
tanto amor; tanta pureza,  
es tan hermosa tu calma  
que á turbar amor empieza;

Que de seguro creyera  
privado de la razon  
al hombre que prefiriera  
tu faz á tu corazon.

FRANCISCO GIRALT Y MARTINEZ.

### ELLA DORMÍA

«No duermas, suplicante me decia,  
escúchame, despierta,»  
cuando haciendo cojin de su regazo  
creyéndome besarla me dormia.

Mas tarde... horror! En convulsivo abrazo  
la oprimí el corazon..... Frijida y yerta...!  
En vano la besé; no sonreia...:  
en vano la llamaba; no me oia.....;  
la llamo en su sepulcro,.. y no despierta!

JORGE ISAACS.

(1874.)

### UN PENSAMIENTO.

Fragante cual rosa del indico suelo,  
cual númen de gloria, cual plácida estrella,  
bajó como un ángel gallardo, del cielo,  
Pilar, mi adorada, mi diosa mi bella;  
mi sueño de amores, mi sola esperanza,  
mi dicha, mi encanto, mi grata ilusion;  
no encuentro palabras de mas alabanza,  
que broten gozosas de mi corazon.

Su amor hizo un dia latiera mi pecho,  
su gracia, su hechizo, mi amor inflamó,  
y cráter hirviente, volcan ya deshecho,  
pasion cual ninguna, Pilar, me ofreció.  
¿No habeis visto nunca la tórtola amante  
mirar á su amada con gracia ideal?  
Pues bien, yo miraba, Pilar, tu semblante  
cual símbolo puro de amor celestial!

ALFREDO MARTINEZ.

(1875.)

### EN EL ÁLBUM

DE  
GUADALUPE.

I.

Resplandeciente y risueño ha brillado  
para tí el sol de tu naciente existencia: nu-  
bes de purísimo carmin adornan el horizon-  
te de tu porvenir, y el ángel de la esperan-  
za y de la dicha bate tranquilamente sus  
nacaradas alas y se cierne sobre tu cabeza  
prediciendo la eternal ventura que la tierra  
y el cielo te deparan.

II.

Las primeras brisas de tu existencia aca-  
rician tu corazon, sensible por tu juventud  
como por tus sentimientos; y al leve rumor  
de las auras matinales de tus quince años  
bogas tranquila por el piélago de caricias  
que tus padres te dán por cada una de tus  
sonrisas.



## III.

Tu frente de serafín ostenta el sello de la virtud: Klopstock soñó contigo cuando concibió los serafines de su *Mesiada*: sus formas son las tuyas, pero el poeta olvidó al concebirlos la modestia de tu semblante, la dulce languidez de tus ojos y la purísima mirada de los que como tú guardan un alma destinada por el Omnipotente á gozar de sus bienaventuranzas.

## IV.

Tú eres el santuario de la inocencia formado por el Dios de la Creacion; y su sabiduría y poder al constituirte depósito de sus celestiales tesoros, decretó indudablemente la duracion de su sagrada confianza.

Tú serás feliz.

## V.

Escribo en tu álbum con la fé con que los pescadores del Adriático dirigen su plegaria de «*Addio* á la *Maddonna*»; y con esa misma fé ruego al Sér Supremo que la cadena de tu existencia no tenga un eslabon de oro que no sea consagrado á los besos de tu madre.

## VI.

El camino de tu vida está sembrado de flores: de ellas recogen las brisas su fragancia para perfumar el aire que has de respirar; y goces puros é infinitos el mundo te prepara.

## VII.

Guadalupe! la vida es un viaje: posible es que otra vez, proscrito ó peregrino en la vía dolorosa que quizás me toque trillar, os vuelva á encontrar festiva y sin martirios como la sonrisa de la inocencia; por eso no os doy el «adios» de la eternidad, y por eso os digo solamente:

Adios: hasta entónces!.....

R.

(1875.)

## ROMANCE.

## I.

En un espacioso llano  
de la antigua SABANEQUE,  
do alza la virtud su imperio  
y el amor su cuna tiene,  
y do no imprime su planta  
el engaño cruel y aleve;  
luce un pueblo bendecido,  
franco, sencillo, campestre.

Llenas de dichas las aves  
le dán trinos que conmueven,  
y le acarician las auras  
frescas, fugaces y leves.

Claro el SAGUA caprichoso,  
rico, jugueton, alegre,  
pone corona de besos  
sobre su espléndida frente.

Es la cuna de las bellas  
cándidas, puras, rientes,  
con unos ojos que inspiran,  
subyugan, matan, embeben;  
aún mas hermosas que VÉNUS  
aun mas divinas que CÉRES.

Guardan en sus labios rojos  
sonrisa gentil y ténue,  
que cual la brisa en la selva  
vive en su boca perenne.

Allí, entre sus senos túrgidos,  
—mundos que formó el deleite,—  
el travesuelo CUPIDO  
vive, se reclina, duerme;  
y allí dichoso se admira  
y de allí los pechos hiere.

Sus talles son mas flexibles  
que los juncos que se mecen,  
del favonio á las caricias  
en la cristalina fuente.

AMOR imprime en sus almas  
ósculos puros y ardientes,  
como arroyo que sus perlas  
riega en el mullido céspedes.